

Agatha Mistry

Primera edición: octubre de 2011

Título original italiano: *La spada del re di Scozia*

Textos: Sir Steve Stevenson

Editing: Mario Pasqualotto

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Proyecto editorial de Dreamfarm s.r.l., via De Amicis, 53 - 20123 Milán, Italia

© 2010 Istituto Geografico De Agostini, S.p.S., Novara, por la edición italiana

© 2011 Paulino Rodríguez, por la traducción

© 2011 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-23817-2011

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3644-9

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

LA ESPADA DEL REY
DE ESCOCIA

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Paulino Rodríguez



TERCERA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.

Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Abuelo Godfrey

El constructor de globos más famoso de toda Escocia.



DESTINO: ESCOCIA - ABERDEEN



OBJETIVO

Descubrir quién ha robado la espada del legendario rey de Escocia Robert Bruce, desaparecida misteriosamente del castillo de Dunnottar.

Doy las gracias a Alberto Dal Lago, Alessandro Gatti y Davide Morosinotto por su apoyo y por los consejos prácticos, y a la redacción de Dreamfarm por su paciencia y su confianza.

*Dedicado a todos los escritores
de novela negra que se han atrevido con un
«misterio de la habitación cerrada»*



A un londinense noctámbulo como Larry Mystery, el aire de Escocia le producía un efecto saludable. Después de cenar, a las nueve de la noche, se había adormilado ante el crepitante fuego de la sala de estar. Antes de rendirse al sueño, protegido con una manta que lo cubría por completo, había estado escuchando la cháchara de su abuelo Godfrey y su prima Agatha, que se contaban historias de aventuras en países lejanos. Después, alguien, delicadamente, lo había llevado en brazos a su habitación.

Larry abrió los ojos a las siete de la mañana, en medio de un silencio irreal. Por un momento no



supo dónde se encontraba, pero luego vio el paisaje de color esmeralda y los recuerdos se amontonaron en su cabeza: la casa de campo del abuelo Godfrey, las afueras de Edimburgo, la tradicional semana de globo de la familia Mystery. ¡No había tiempo que perder!

A las doce tenía que embarcarse con su prima Agatha en el globo aerostático del abuelo Godfrey para hacer una excursión por las Tierras Altas de Escocia, pero antes tenía que resolver un asunto espinoso.

— ¡Ostras! ¡Menuda lata, los amigos de la infancia! —resopló Larry.

Larry Mystery emergió como un submarinista de debajo de cinco capas de mantas y se desperezó. Se puso unas zapatillas y se dirigió al baño. Cuando ya tenía en las manos el bote de laca para esculpirse el tupé a conciencia, se detuvo de golpe.

—No merece la pena que siga la moda de Londres —se dijo con una sonrisa burlona—. ¡Si voy



sin arreglarme a ver a Aileen, a lo mejor dejaré de darme la lata con correos electrónicos llenos de corazoncitos!

Aileen Ferguson tenía catorce años, la misma edad que Larry, y sus padres la habían matriculado en una prestigiosa escuela de Edimburgo. Estaba pasando unos días de vacaciones en el pueblecito escocés de Bowden, donde vivía el abuelo de Larry, y había insistido en citarse con su viejo amigo. «Pues el sábado por la mañana —había accedido el joven detective—. Para desayunar, porque tengo que irme temprano.»

Larry revolvió el armario hasta que encontró un grueso jersey de lana de las islas Shetland. También se puso unos pantalones de fustán muy rígidos y unas botas de agua verdes. Se contempló en el espejo, muy satisfecho.

—Peor gusto, imposible —dijo con tono malicioso—. ¡Seguro que a partir de hoy Aileen no querrá verme nunca más!

PRÓLOGO



Larry había conocido a Aileen unos cuantos años atrás, durante un verano que pasaba con su abuelo. En Bowden todos la llamaban «Dorothy», porque siempre vestía un pequeño delantal azul, calzaba zapatitos rojos y tenía unas coletas sueltas, como la protagonista de *El mago de Oz*.

—Son las ocho —calculó el chico—. Si todo sale bien, ¡hacia las diez seré ya un hombre libre!

Dejó una nota en la pizarra de la entrada, fue al garaje y cogió una bicicleta. Unos minutos después recorría como un rayo el verde campo escocés por caminos serpenteantes. Enseguida





llegó a Bowden, una simple hilera de casas de estilo georgiano y vivos colores. A aquella hora de la mañana había muy poca gente por la calle, y el pub en el que había quedado con Aileen también parecía desierto.

Larry entró con ademanes chulescos y se acercó a la barra.

El camarero se cubría con un gorro de cocinero y llevaba un trapo sobre el hombro.

—¿El señor Mystery? —preguntó sin volverse hacia él.





El chico se quedó de piedra.

—Ah, sí, soy yo —vaciló—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Su mesa es la número 6, allí, en aquel rincón —contestó el hombre sin dejar de trocear fruta.

Larry observó el ambiente elegante y se preguntó por qué Aileen había reservado mesa precisamente allí. ¿Acaso lo había hecho con el propósito de crear una atmósfera romántica?

Soltó un suspiro y se sentó, dispuesto a esperar.

El camarero acudió a encender la vela que había en el centro del mantel de encaje y se alejó sin decir ni una palabra.

Larry soltó otro suspiro, este más largo.

Inmediatamente después se abrió la puerta y una esbelta joven se dirigió con





decisión hacia él. Tenía pelo corto de color castaño claro, ojos verdes, rostro angelical y llevaba un moderno vestido azul. En resumen: ¡era tan bonita que tumbaba de espaldas a cualquiera!

—Hola, Larry —lo saludó Aileen con una sonrisa perfecta—. Perdona que llegue un poco tarde.

El joven detective no pudo evitar ponerse colorado.

—¡Ah, oh, hola, Dorothy! —fue lo único que consiguió balbucir, víctima del desconcierto—. Quiero decir, hola, Aileen.

Ella se sentó a la mesa.

—Tienes un aspecto magnífico —dijo mientras consultaba el menú—. Pareces un escocés de los de antes: ¡práctico y sin andarse con florituras!

Tras echar un vistazo a su propia imagen, reflejada en el cristal de la ventana, el chico se moría de vergüenza. ¡Qué estúpido había sido! La niña que había conocido se había transformado en una jovencita increíble. ¿Cómo podía arreglarlo? Deci-



dió que la única manera de impresionar a Aileen era enseñarle el artefacto de alta tecnología de su escuela para detectives. Normalmente, todos se quedaban boquiabiertos cuando lo veían y le preguntaban cómo lo había conseguido. Quizá podría dejar caer, así, como quien no quiere la cosa, que quería ser un gran investigador...

—Este cacharro de titanio se llama EyeNet —dijo Larry con cierto retintín dejándolo bien visible sobre la mesa—. ¡Es un dispositivo especial, un teléfono móvil de última generación! —Dicho esto, se preparó para responder a mil preguntas, pero Aileen se limitó a dirigir al artefacto una ojeada distraída y cambió inmediatamente de tema.

—¿Has probado alguna vez el *haggis* vegetariano? —le preguntó al tiempo que le lanzaba una mirada magnética.

Larry balbució algunas palabras. Por fortuna para él, el EyeNet emitió en aquel momento un agudo gorgorito. Se apresuró a cogerlo y miró



su pantalla luminosa. Era un mensaje de la Eye International, su escuela.

¡Una misión muy urgente!

El chico se sobresaltó. «¿Una investigación precisamente hoy? —pensó—. Tengo que volver inmediatamente junto a Agatha, solo ella me puede ayudar.» Miró a Aileen: cómo le gustaría quedarse un rato más con ella... ¡Era tan guapa!

Pero, por desgracia, el deber le llamaba. Larry se levantó soltando un gran suspiro y masculló:

—Vaya, perdóname, Dorothy, pero me tengo que ir, un asunto urgente... ¡Te llamaré en cuanto lo haya resuelto! —Le dirigió una última mirada de pena y escapó del pub como un ladronzuelo.

Ella lo contempló mientras montaba en la bicicleta, soltó un largo suspiro y, para consolarse, pidió una macedonia con nata y chocolate a la taza.

—¡Jamás te debes enamorar de un tipo tan estrambótico como Larry Mystery! —le confesó al taciturno camarero.



El aspirante a detective Larry Mystery era un buen ejemplo de los singulares individuos que poblaban el árbol genealógico de la familia. Desde hacía bastantes generaciones, los Mystery se dedicaban a los oficios más extravagantes: restauradores de gnomos de jardín, científicos de partículas subatómicas, exploradores de los confines del mundo, catadores de trufas en restaurantes de lujo, expertos en mariposas prehistóricas, vigilantes de islas perdidas, etcétera.

¡No había dos Mystery iguales!

Durante la tarde anterior, mientras Larry roncaba acurrucado bajo la manta, Agatha y el abuelo



Godfrey se habían muerto de risa recordando las curiosas ocupaciones de sus parientes.

—Tú eres la primera escritora de novela negra de nuestra familia, querida nieta —había comentado afablemente el abuelo Godfrey, justo antes de levantarse de la butaca para alimentar el fuego con un buen tronco. En la sala reinaba un agradable olor a madera de castaño, y sobre los muebles resplandecían luces fluctuantes.

Agatha se había acariciado su naricita respingona, como hacía siempre que se ponía a pensar.

—No soy más que una principiante, abuelo —había admitido con modestia—. Por el momento me divierto recogiendo hechos curiosos, describiendo personajes interesantes y desarrollando tramas originales. —Había abierto su inseparable libreta con tapas de cuero y le había enseñado las páginas repletas de notas—. Si te parece bien, mañana me contarás todos los secretos que sabes de los globos —le había propuesto.

